

Las cuentas de fin de mes

MILA

Mila era pequeña, redonda, de forma que cuando andaba por la calle, parecía como si una bola rodase sobre el asfalto.

El nacimiento de Mila lo marcó un extraordinario acontecimiento. En el cielo, hubo lluvia de estrellas, y hay quien dice que la luna andaba medio borracha por el firmamento.

Al ver su familia todos aquellos fenómenos estelares se decían: —¡Su llegada a la tierra es un milagro, se ve en el cielo!

Al cabo de unos días, salieron todos camino de la iglesia, para bautizarla.

—¿Como se llamará esta niña?, preguntó el cura.

—Pues... pues...

El padrino no sabía que decir, al final contestó:

—No sabemos que nombre ponerle, en realidad esta niña no es hija de la tierra, bajó del cielo una noche de lluvia de estrellas. ¡Fué un milagro!

—¿Un milagro?, exclamó el cura.

El agua cayó sobre la cabeza peluda de la niña, mientras el sacerdote repetía sin cesar:

—¡Te llamarás Milagros! ¡Te...

Mila fué creciendo, mirándolo todo con ojos grandes, negros como escarabajos. Por resultar graciosa una tata recién llegada de Jaén, le dió por llamarla Milagrillos, pero como el nombre resultase demasiado largo lo abreviaron un poco llamándole La Grillos, en parte quizá, por los chillidos que la niña lanzaba.

Pero Mila fué dejando de ser niña, y empezó a coger aprensión a los animalejos que le daban nombre, los grillos, y con tal motivo se convocó una sesión extraordinaria de la Real Academia de Nombres para Niña, y tras mucho deliberar, decidieron llamarla Mila.

Fué entonces también cuando cumplió veinte años y entró en Sociedad. Sociedad era una casa muy grande donde estaban todos los amigos de Mila.

En aquel año, un día, al salir del teatro, Mila sintió vocación de ser actriz. Desde entonces se la encontraba muchas veces frente al espejo haciendo mil poses raras, por lo que muchos la tomaban por loca.

Pero Mila ensayaba y ensayaba miles de obras imaginarias.

—¡Oh querido conde, venid a mis brazos...!, ¡No soy espía alemana!

Estas y otras muchas frases, oía todos los días el espejo grande de su armario.

En vista de todos esos fenómenos curiosos, Mila fué presentada al gran director Sacha Mundi, quien después de probarla, le dió un papel para una función dramática.

Mila estaba loca de contento. Se pasaba el día ante el escenario de su cuarto, (la luna grande del armario) y ensayaba horas y horas su papel. Cuando se cansaba, se acostaba sobre la cama y oía los aplausos. Entonces Mila, bajaba de nuevo y saludaba agradecida al espejo del armario.

Luego vinieron los ensayos en el escenario ante Sacha Mundi. Mila recitaba su papel con verdadero entusiasmo.

Por fin llegó la noche del estreno. Mila temblaba, sentía miedo. Hubiera pagado miles de pesetas por encontrarse enferma. ¡Sí, enferma!, y lo estaba, tenía fiebre.

—¿Y si se incendiase el teatro?, ¿y si...?

En la puerta: luces, carteles, coches, gente y lo peor de todo: eso, ¡gente!

Mila se sentía mareada mientras le maquillaban y le llenaban la cara de rayas y cremas.

De pronto, ¡el papel!

—No sé el papel, pensaba

Subió el telón, sintió algo en el pecho que la apretaba cada vez más, hasta que le tocó salir a escena.

Alguien le dió un empujón, y en medio del escenario apareció Mila.

—¿Y el público, donde estaba?, allí solo veía luz, y unos focos inmensos que la cegaban.

—¡Os mataré!, exclamó entonces el Marqués.

El apuntador movió el dedo señalando a Mila, mientras le decía:

—«¡No me mataréis!»

Mila con voz entrecortada repitió:

—No... me... mata... réis.

Luego se quedó callada, sin saber que decir, encendida la cara como una bombilla, mientras veía destrozada en un solo instante toda su vida artística. Por su mente excitada, corrieron veloces todas aquellas escenas que cada día representaba en el escenario de su cuarto.

Cuando el telón cayó al fin del acto, Mila se dirigió al gran director Sacha Mundi:

—¡He fracasado, quiero irme a casa!

—¡No, imposible!, contestó este, tienes que salir en el tercer acto y decir «¡Abelardo muerto! ¡no! ¡no es posible!»

—No me atreveré, contestó ella

Subió el telón, y por fin llegó la escena en que salía Mila.

Sacha, viéndola desmoralizada, la empujó hacia el escenario, diciéndole con desprecio:

—¡Has fracasado!, tu carrera artística está perdida.

Al oír estas palabras, llenos los ojos de ira y lágrimas, Mila apareció sobre las tablas, y arrancó a llorar.

—¡No es verdad!, ¡No es posible, gritó con fuerza.

Las lágrimas corrían por sus mejillas, y caían sobre el supuesto cadáver del escenario. La desesperación más grande se apoderaba de Mila, ya nada le importa la gente, lloraba, se tiraba de los pelos y se retorció los dedos.

El público, ajeno al drama interno de Mila, seguía a la artista con un nudo en la garganta, y cuando ya deshecha cayó desmayada, todos se pusieron en pie y aplaudieron estrepitosamente. Pero Mila no se levantó y cayó el telón.

Al día siguiente, los diarios hablaron de la revelación de una gran actriz dramática. Luego, aquellos diarios sirvieron para envolver paquetes. Mientras, Mila saltaba, a través de la luna rota de su armario, hacia los grandes escenarios del Mundo. — Santiago Marsal